

El Absurdo, Ciudadano del Mundo

La mujer, ¿sirve para algo?

Por José María Velasco Ibarra

La mujer hasta ahora ha fracasado, porque el mundo —hombres y mujeres— no la conocen, no quieren conocerla. La mujer o ha sido esclava de la sociedad, del hogar, o ha sobresalido en la ridiculez de modas absurdas o reuniones necias. Hoy la mujer fuma, lleva minifalda, se despreocupa de todo pudor, no quiere tener hijos. Ayer fue esclava de los hijos; hoy los detesta. Odioso las mujeres dedicadas a la beneficencia que nada tiene de amor y caridad. Las reuniones con fines benéficos no son sino pretexto para bailar y jugar al amor. Las niñas modernas no piensan sino en casarse lo más pronto posible. Olvidan que hay tiempo para todo: un tiempo para aprender, para la preparación útil, y un tiempo para enamorarse y casarse. Pero nada de esto comprende el mundo de estos días con su propio monstruoso absurdo, distinto del absurdo menos grave de hace un siglo o hace cincuenta mil años.

Sin embargo, hay un misterio femenino, lleno de profundidad y de posibilidades sublimantes. Es la mujer una encarnación de latencias intuitivas y sentimentales, conservadoras y renovadoras de trascendental alcance. La lealtad, el desinterés, la penetración, el valor frente a la urgencia de esperar monótonamente: son cualidades femeninas por excelencia. El egoísmo, el orgullo, la superficialidad las desconocen o ignoran.

He aquí una mujer: Suzanne Lilar y su libro sobre Sartre. Nadie ha comprendido mejor al sutil y desorientador filósofo. Nadie ha buscado con más penetración al pensador íntimo, al psicólogo profundo, al investigador que dice y se contradice



Dr. José María Velasco Ibarra

buscando verdad y claridad en el océano infinito, profundo, insondable de la realidad, de la realidad humana. La vida es misterio; profundo, terrible misterio, y un hombre como Sartre y sus congéneres tiene derecho a tantear, ensayar, dudar, resolver, contradecirse; porque, cada minuto uno es distinto en su inquietud, aunque debe ser el mismo en la austera y honesta búsqueda de la verdad.

Sartre escribe sin cesar y ha dicho tantas cosas que asustan y alarman aun a gentes serenas. Sartre afirma entre otras cosas: "La vida no tiene sentido a priori". "El hombre se hace. No comienza por ser un hecho personal. Se hace escogiendo su moral, según la imposición de las circunstancias". "El hombre no es otra cosa que una serie de empresas". "El problema no es el de la existencia de Dios. Urge que el hombre se encuentre a sí mismo y que se persuada de que nada puede salvarle a él mismo, aunque existiese una prueba válida de la

existencia de Dios". "No existe una naturaleza humana", insiste el filósofo.

Sartre tiene repugnancia por el cuerpo, por sus órganos. Las cosas materiales le inspiran náusea. Se declara ateo; pero ateo coherente. Sarcástico, conocedor como nadie de los vericuetos del egoísmo y de los cálculos humanos, este psicólogo extraordinario no cree en el amor ni, por tanto, en el Amor.

Pero Suzanne Lilar bucea con simpatía en la doctrina sartreana; zambúllese muy profundamente en ella; trata de explicarse los sarcasmos, las ironías y violentas conclusiones, y encuentra que, si se estudian a fondo las obras de Sartre, aun las más tupidas, densas y difíciles, el filósofo que no cree en el amor, que zahiere a los amantes, ha escrito sobre el amor páginas dignas tan sólo de Platón. Luego, Sartre siente la añoranza del amor, experimenta su falta, desea que existiese.

Sartre no cree en Dios, pero, con una imagen digna de Platón, habla de un "afloramiento del ser en la superficie de las cosas". Luego, concluye Suzanne Lilar, puede deducirse que una "fuerza profunda", tal vez Dios, impele por dentro para que este afloramiento se produzca. Confiéselo o no, afirmaciones sartreanas permiten que, detrás del amor y del ser aflorado, se divise al Dios que hace falta a la mente en búsqueda y al sentimiento "con náusea".

He aquí a qué profundidades de crítica filosófica, orientadora y justa, puede llegar una mujer que tiene conciencia de su propio misterio, su deber y sus posibilidades.

(Lunes, 11 de septiembre de 1967)